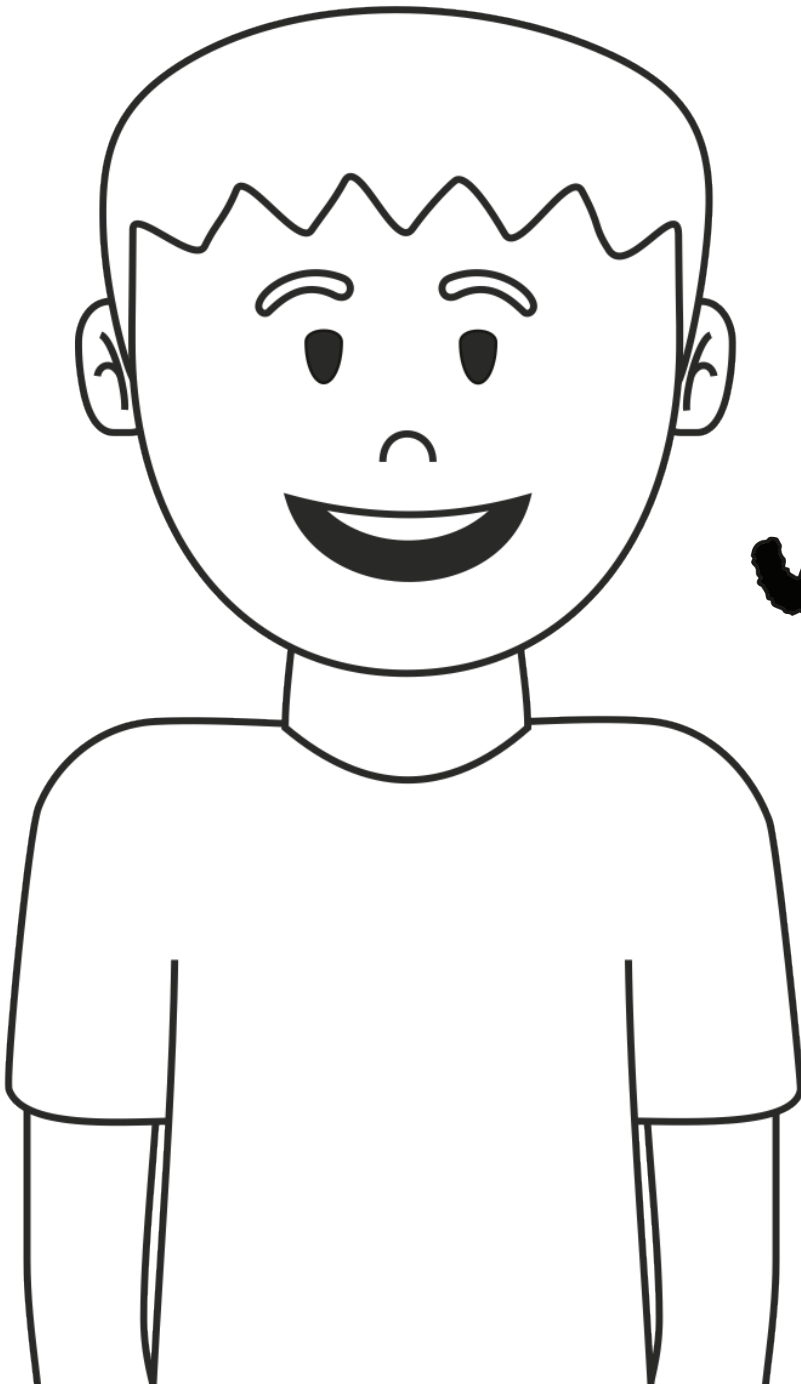
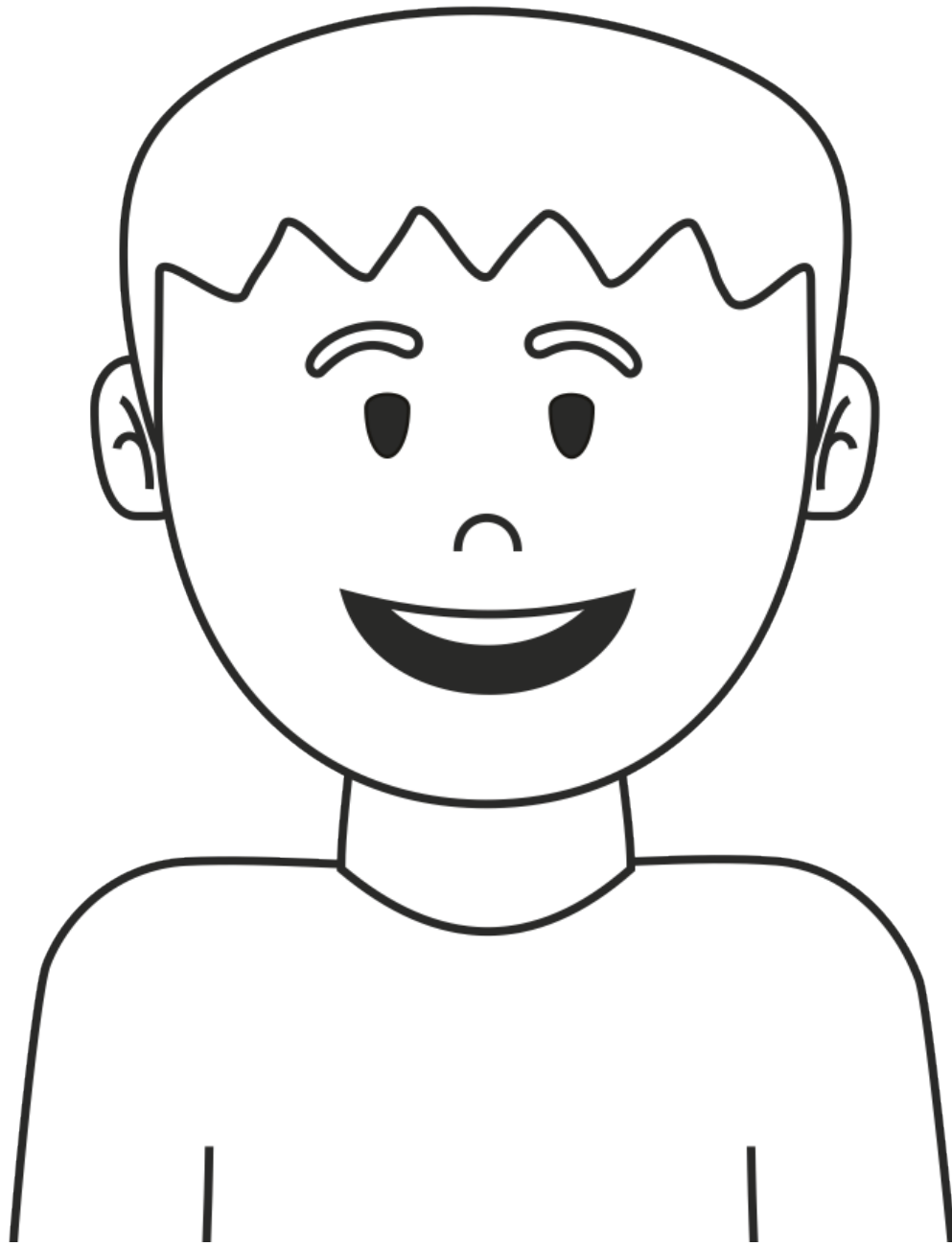


EL HUEVITO 

DE

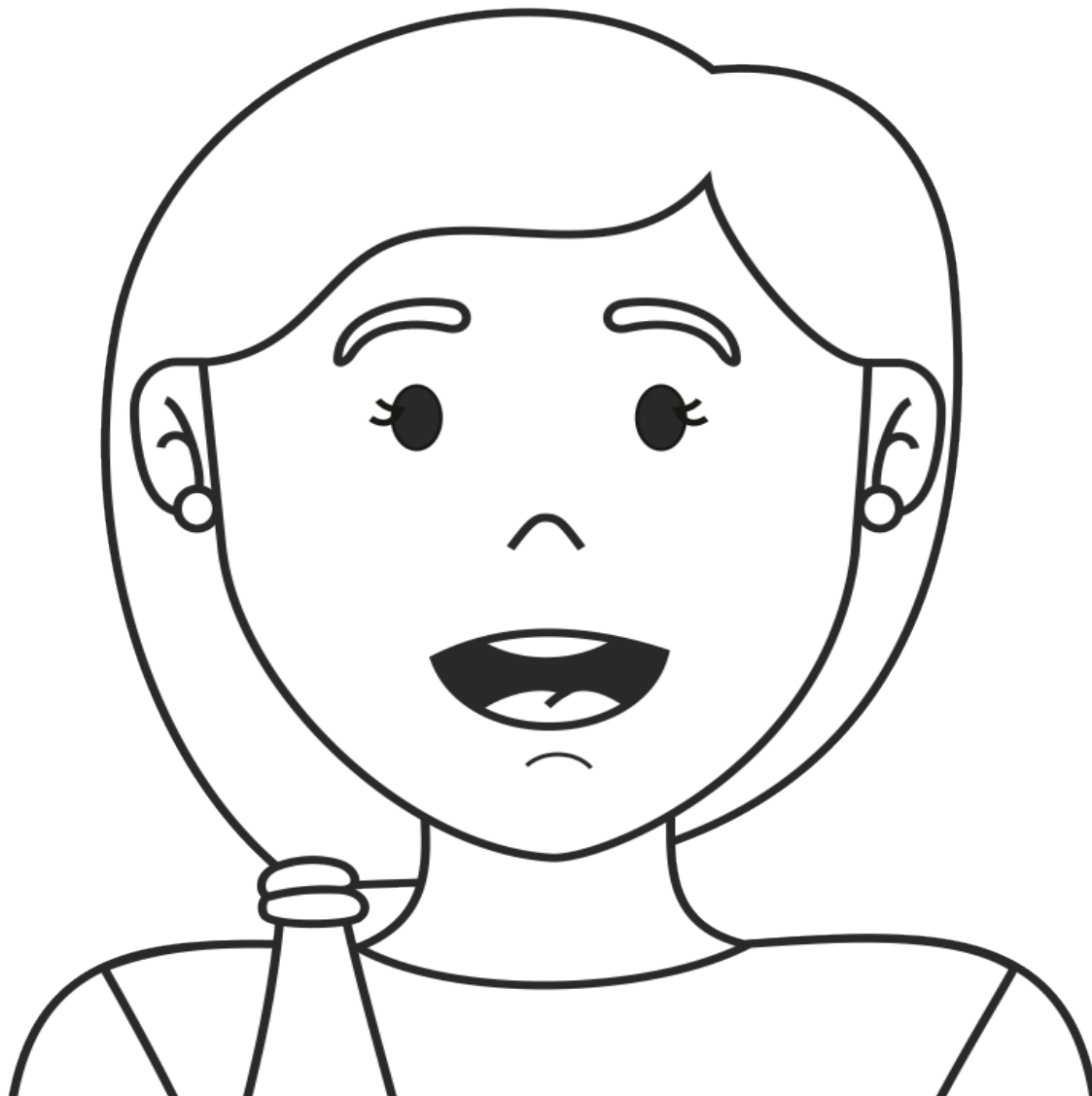
JAIIME





Jaime era un muchachito alegre de doce años de edad; pero tenía un problema. Su cuerpo había desarrollado normalmente pero su mente era como la de un niño de siete años.

A veces Jaime actuaba como los muchachos de su edad pero otras veces se portaba como un niño de segundo grado. Su profesora no tenía mucha paciencia con él.



Un día la maestra habló con los padres de Jaime. Les dijo que debían poner a su hijo en una escuela para niños con necesidades especiales. Eso los sorprendió, porque Jaime estaba contento en su escuela y amaba mucho a su maestra. No había cerca de allí una de esas escuelas.

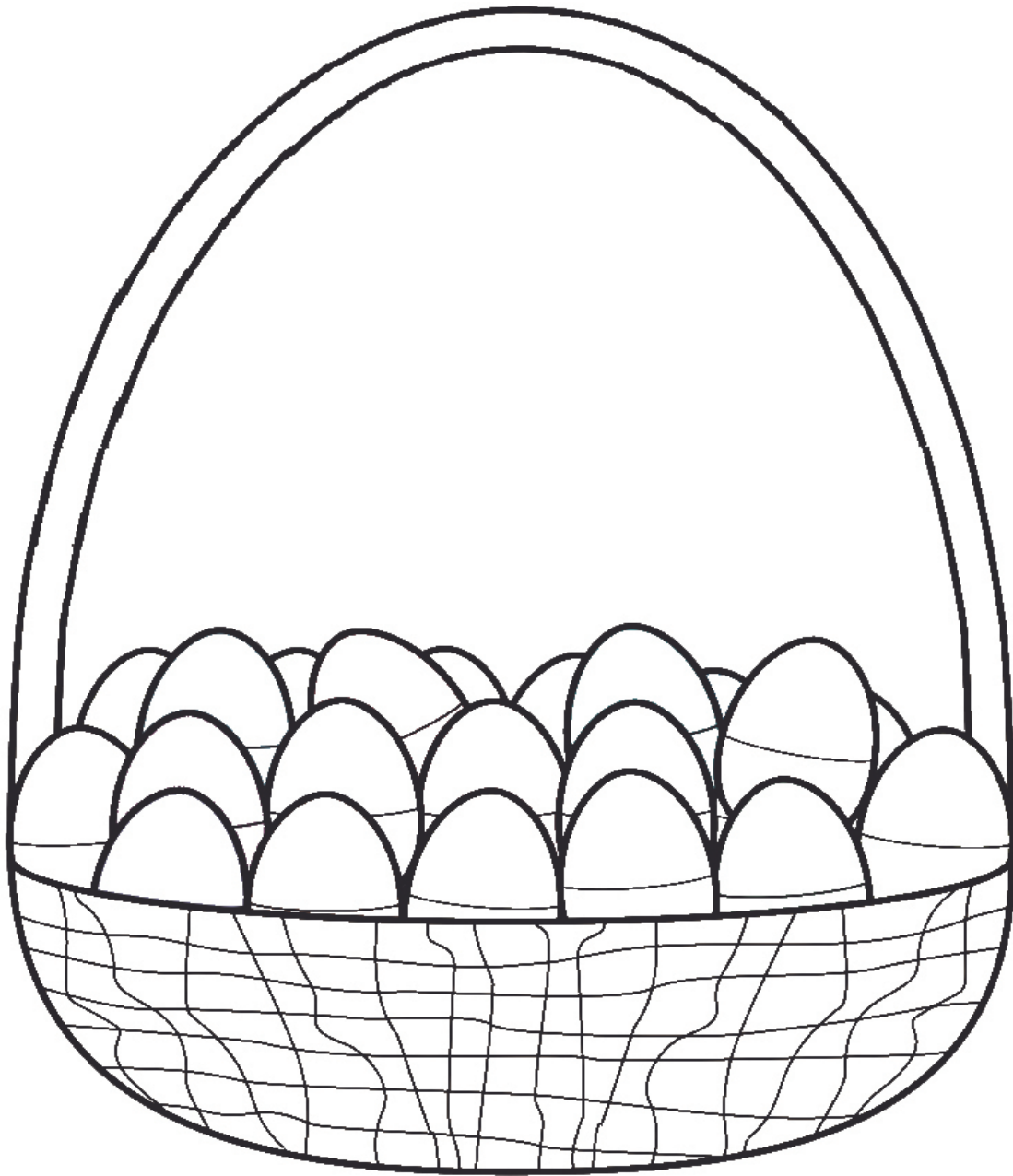
La maestra pidió a Dios que la ayudara a tener paciencia con Jaime. A veces él entraba al salón gritando con fuerza: «La quiero mucho, maestra.» Entonces la señorita Doris se ponía roja como un tomate.



Se acercaba la temporada de Semana Santa. La maestra contó a sus alumnos la historia de la muerte y resurrección de Jesús. Les dijo que Jesús vino para darnos vida nueva. Después dio a cada uno de los niños un huevito de plástico.

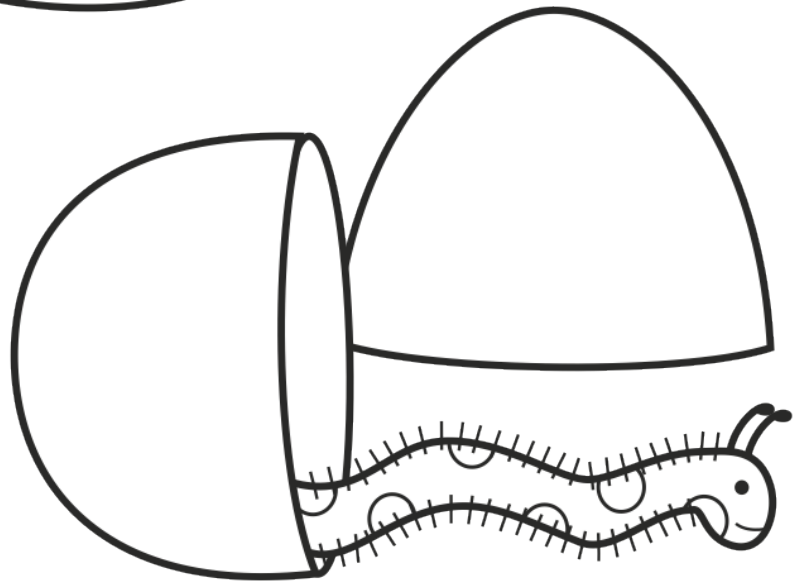
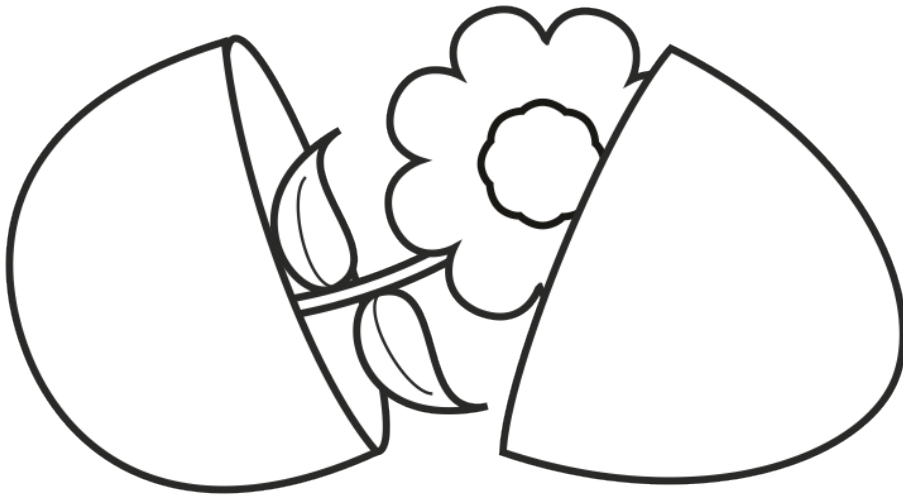
–Quiero que cada uno ponga en su huevo algo que represente la nueva vida que Jesús vino a darnos –dijo la señorita Doris–. Traigan mañana sus huevos.

Todos respondieron con entusiasmo; todos menos Jaime. Él sólo miraba atentamente el rostro de la maestra. No quería perderse ni una palabra de lo que ella decía.



La maestra, a su vez, se preguntaba si Jaime había comprendido la tarea que les había asignado.

Al día siguiente todos los niños llegaron entusiasmados, cada uno con su huevo de plástico. Pusieron los huevos en una canasta que la maestra tenía en su pupitre. Después de la clase de matemáticas ella los abriría.



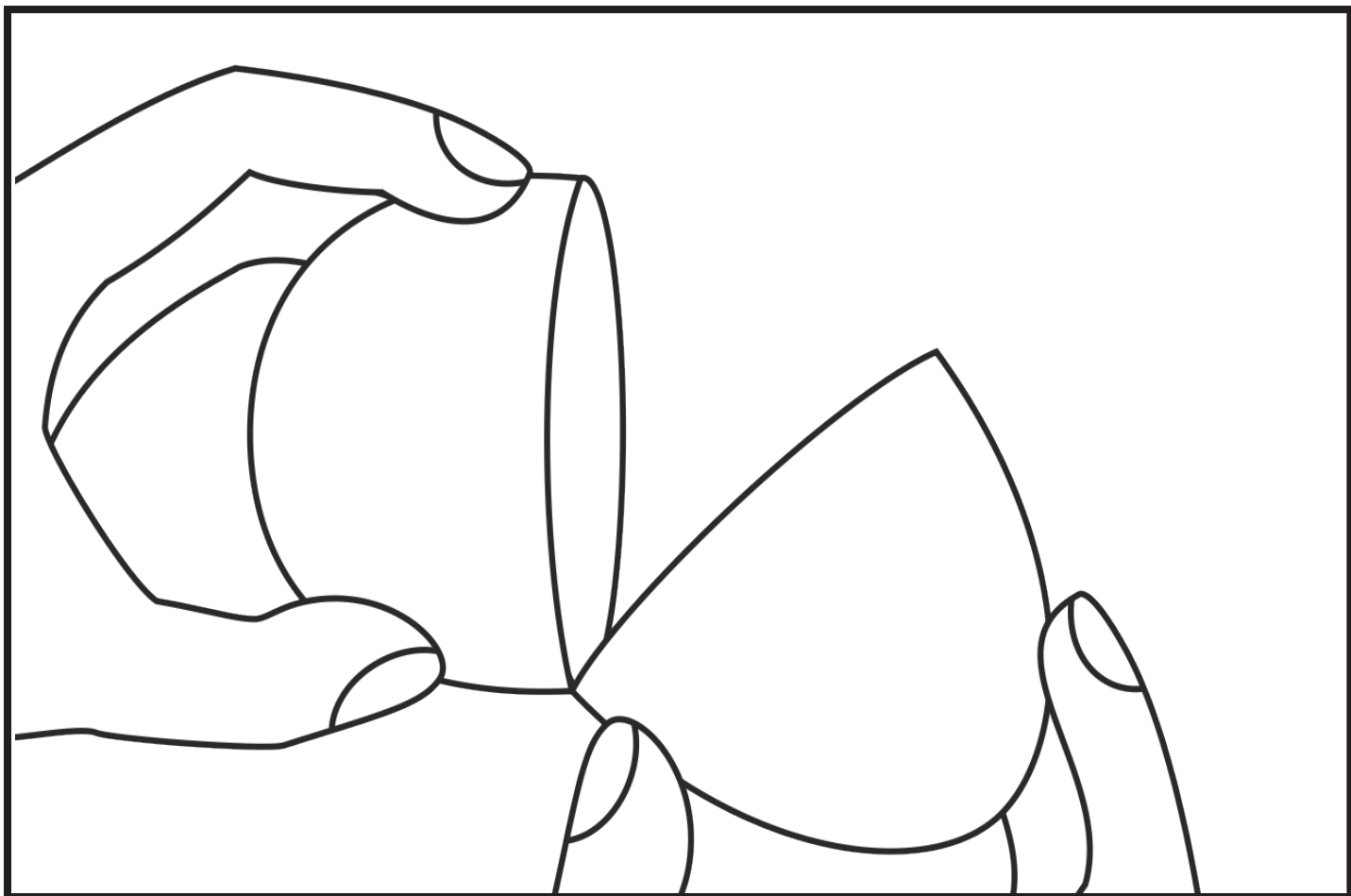
En el primer huevo había una flor.

–La flor es una buena representación de vida nueva –dijo la maestra.

Luego abrió otro huevo. En ese huevo había una oruga.

Ese huevo era de Rosita. Ella sonrió alegre cuando la maestra dijo:

–La oruga crece y se transforma en mariposa. ¡Qué buena representación de vida nueva!



La señorita Doris siguió abriendo huevos hasta que llegó a uno que estaba vacío. Se quedó callada y pensativa.

–Maestra, ¿no va a decir nada acerca de mi huevo? –preguntó Jaime.

Un poco nerviosa, ella le dijo que el huevo estaba vacío.

–Sí, profesora –dijo Jaime–. Es que la tumba de Jesús estaba vacía.

–¿Sabes por qué la tumba estaba vacía? –le preguntó ella.

–Oh, sí. Cuando Jesús murió en la cruz lo pusieron en una tumba. Pero Dios abrió la tumba y Jesús salió. ¡Él vive!

La señorita Doris se sintió avergonzada. Ella había dudado de Jaime. Pero ese muchacho, de mente poco desarrollada, era el que mejor había comprendido la vida nueva que Jesús nos da.

Esa es la gran maravilla de la Semana Santa. Jesús murió; pero resucitó. ¡Él vive! Tenemos un Dios vivo, que está a nuestro lado en todo momento.

Cuando las mujeres fueron al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús con especias aromáticas, encontraron removida la piedra y un ángel sentado allí. Él les preguntó por qué buscaban entre los muertos a alguien que estaba vivo. La gran maravilla es que Jesús vive.



¿Por qué buscan  
ustedes entre los muertos  
al que vive? No está aquí;  
¡ha resucitado!

**Lucas 24:5,6**

